

Los grupos originarios de Sonora. Culturas e historias de larga data en la encrucijada del siglo XXI. Entrevista con Cynthia Radding

Sergio Pliego Fuentes*

Cynthia Radding es profesora distinguida, *Gussenhoven* en Historia y Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill. Obtuvo su doctorado en la Universidad de California, San Diego, en 1990. Los campos de investigación que le interesan a la profesora Radding en el ámbito de la historia colonial de América Latina se concentran en las intersecciones entre la historia ambiental y la etnográfica. Su proyecto actual, “Desiertos Abundantes, Sombras Imperiales”, explora la transición ecológica entre las plantas silvestres y las especies cultivadas, las intersecciones culturales de los pueblos nómadas y los sedentarios, y la producción del conocimiento en el Norte de México.

Doctora, buenos días. Le agradecemos que nos permita conversar con usted sobre los grupos originarios de Sonora.

Pápagos, pimas, guarijíos, yaquis y mayos, por una parte; y los seris, por otra, son el conjunto de grupos originarios del estado de Sonora que a lo largo del tiempo han marcado una manera particular de expresiones sociales y culturales en esta parte del país.

¿Nos podría ofrecer su punto de vista sobre el proceso histórico, sobre la llegada y asentamiento de estos grupos en la región, que han hecho uso de ella y a la vez le han dado las características propias que definen a este territorio?

Con mucho gusto. Su pregunta merece una respuesta muy larga, pero voy a tratar de responder en forma sucinta.

Los grupos mencionados por usted son hoy en día los pueblos originarios de Sonora, pero los nombres que usted utilizó para reseñarlos implican una amalgama de subdivisiones que integran a bandas, grupos, comunidades y rancherías que empezaron a aglutinarse bajo las denominaciones señaladas hace 400 años, después de la presencia europea en la región.

* Revista *Diario de Campo*. Coordinación Nacional de Antropología (CNAN) (revista.cnah@inah.gob.mx).

Por otra parte, hay muchas hipótesis sobre el poblamiento de Sonora. Los grupos que usted mencionó, con excepción de los seris o comca'ac, tienen lazos lingüísticos y culturales que los relacionan con la frontera norteña de Mesoamérica. Lo que sabemos del medio milenio anterior a la irrupción de los españoles en esta zona, es que estos grupos estaban insertos en procesos de migración o desplazamientos estacionales intra e interregionales. Las investigaciones arqueológicas han establecido una antigüedad de unos 14 mil años de la presencia humana en las áreas del litoral y en El Pinacate, en el extremo noroeste del desierto de Sonora. La información arqueológica más específica que podría relacionarse con los grupos étnicos históricos es más rica y particularizada sobre los últimos mil años; es decir, de 1 000 a 1 500 d. C. y durante los cinco siglos desde los primeros contactos hasta el presente.

Los pápagos o tohono o'odham, como ellos mismos prefieren llamarse, están ligados con una cadena lingüística que —creo que— los estudiosos mexicanos llaman tepima y pima-tepehuán. Estos grupos forman una base cultural que abarca desde el suroeste de Arizona hasta Durango, extendiéndose a través de la Sierra Madre Occidental. Las poblaciones de o'odame, un grupo étnico reconocido en México, tienen nexos lingüísticos con los o'odham del noroeste de Sonora y el suroeste de los Estados Unidos.

Aún se debate la relación entre la cultura hohokam y los pima históricos. La palabra *hohokam* proviene del idioma pima y quiere decir “lo que se acabó” o “lo que hubo antes”. Está asociada con un complejo de centros urbanos prehispánicos, cuya expresión más desarrollada se localiza en la confluencia del río Gila y el río Salado, además de los asentamientos hohokam cerca de Tucson. Emil W. Haury, uno de los primeros arqueólogos que trabajó ese complejo, arguyó que los pimas históricos devenían de esos centros urbanos y que posteriormente los abandonaron para vivir en rancherías dispersas. Otra hipótesis que propone Fernando Berrojalbiz sugiere que, a partir de la desagregación del complejo urbano hohokam, entre los siglos XIII y XIV de nuestra era, diversas migraciones pudieron haber dado origen a los tepehuanes de Durango así como a otros grupos tepimas; incluso, algunos arqueólogos y otros estudiosos especulan que los hopi, que habitan en la actualidad el norte de Arizona, posiblemente tuvieron sus orígenes en el complejo hohokam. Estas son hipótesis aún, pero muestran cómo se están desarrollando los estudios arqueológicos en torno a los grupos originarios de Sonora.

Otro centro urbano prehispánico e importante centro de intercambio comercial, que indudablemente tuvo influencia sobre las porciones central y noreste de la actual Sonora, es Casas Grandes o Paquimé, en el noroeste de Chihuahua. Este complejo cultural tuvo cerca de 1 000 años de historia a partir de un conjunto de aldeas con acceso al agua del río de Casas Grandes y se fue desarrollando hasta constituirse aproximadamente en el año 1 000 de nuestra era en un centro urbano bastante impresionante, con innegables rasgos mesoamericanos en sus áreas ceremoniales. Aun cuando la hipótesis planteada por el arqueólogo Charles di Peso sobre la llegada de los pochteca (mercaderes ligados a un centro imperial mesoamericano) venidos del sur

ya no es aceptada, no cabe duda de que Casas Grandes fue uno de los nodos de una amplia red de intercambios que se extendía hacia el litoral de Sonora. Lo anterior se deduce por la presencia en Casas Grandes de grandes volúmenes de conchas de moluscos que se encuentran en el golfo de California. Estas conchas servían para la fabricación de adornos y otro tipo de vestimentas que utilizaba la elite, y su procesamiento y transporte a Paquimé probablemente involucraban a los asentamientos de Trincheras en el noroeste de Sonora.

Es posible que los grupos que históricamente se conocen como ópata (cuyos nombres anteriores eran “tehuima”, “heve” y “eudeve”, identificados con etnónimos relacionados con los valles donde se asentaban) eran de Casas Grandes y comenzaron a migrar hacia el oeste, cruzando la sierra, cuando Casas Grandes empezó a tener problemas y a desagregarse en el siglo XIV, o eran grupos originarios del noroeste de Chihuahua que fueron desplazados por los moradores de Casas Grandes. Tenían en común el uso sistemático de técnicas de irrigación en los valles serranos; esto es, desarrollaron técnicas de siembra con riego, mediante la creación y mantenimiento de pequeñas obras hidráulicas en esos valles, más o menos estrechos en el oriente, creados por los ríos Bavispe, Oposura, Sonora y San Miguel. Estos son los grupos que vivían en asentamientos con viviendas que los primeros españoles —como Cabeza de Vaca— llamaron “las casas de tierra” o “las casas terradas”, que probablemente no eran de adobe de tabique, sino hechas con tierra y piedra. Algunos de estos poblamientos de grupos, que después serían los ópata, eran grandes y participaban en circuitos de intercambio de larga distancia. En Sonora produjeron algodón y alimentos más allá de sus propias necesidades y los comercializaron en esos circuitos. Probablemente, también intercambiaban pieles curtidas y productos que hacían con material lítico. Sus intercambios comerciales se extendieron hacia el norte, hasta territorios que actualmente se encuentran en Nuevo México y estaban ocupados por los pueblos antiguos del río Grande y los que se asentaban en el valle del río Pecos. Incluso, a través de estos pueblos antiguos tuvieron algún tipo de intercambio indirecto con los grupos de la región de las Grandes Planicies.

Debemos concentrarnos en los seris o comca’ac. Algunos arqueólogos —entre ellos María Elisa Villalpando y Thomas Bowen— han sugerido que los comca’ac tienen una antigüedad de tal vez dos mil años en el litoral sonorenses del golfo de Baja California, y que se asentaron desde el desierto de Altar, en el norte, hasta el valle de Guaymas, en el sur. Los que ahora llamamos seris eran una constelación de diferentes bandas y linajes que los españoles denominaron con diferentes nombres, como “salineros”, “tepocas” y aún subdivisiones de éstos. En un libro muy bello que lleva por título *Empire of Sand: The Seri Indians and the Struggle for Spanish Sonora, 1645-1803*, publicado por la Universidad de Arizona en 1999, Thomas Sheridan ha escrito sobre la compleja red de linajes y bandas que integraban este grupo, que era nómada, pero dentro de un territorio definido. Obviamente, los seris vivían de la pesca, de la cacería y, cuando menos en el último medio milenio previo a la llegada de los españoles, obtenían maíz y otros granos a través del intercambio con los grupos serranos que se dedicaban a la agricultura.

Y en el caso de los yaqui o hiak-nooki, y los mayo o yorem-nokki, ¿qué pasó con ellos?

Los yaquis y los mayos de Sonora tienen una extensión cultural, histórica y geográfica muy importante hacia el sur, hacia Sinaloa. Probablemente el área que los yoreme y los yoeme (en sus diferentes configuraciones) ocuparon durante varios siglos se extendió desde el río Mocorito, en Sinaloa, hasta el río Yaqui, en Sonora. Debo decir que la entidad geográfica que define a Sonora en gran medida es el desierto de Sonora. Por otra parte, es interesante que los etnobotánicos y los geógrafos contemporáneos, así como los españoles que llegaron a Sonora, han reconocido que el río Yaqui es una especie de división ecológica, ya que en su banda norte se inicia el desierto de Sonora, mientras que en su banda sur observamos la presencia del bosque bajo y bosque espinoso. El carrizo que se produce en las márgenes del río es muy importante para los yaquis y otros grupos semejantes hacia el sur, hacia Mocorito. Al sur de Mocorito, llegando a Culiacán, entramos a una zona subtropical que tiene nexos con Nayarit.

Hay varias hipótesis acerca de la antigüedad de estos dos grupos conocidos históricamente. Por ejemplo, las excavaciones que hizo Ana María Álvarez en el sitio de Huatabampo en el siglo XX revelaron que en el primer milenio de nuestra era este sitio fue un centro urbano, ceremonial y de intercambio comercial bastante importante. Álvarez arguyó que los mayos conocidos históricamente no fueron los pobladores de ese sitio, ya que éste fue anterior a su llegada al valle. También se cree que el río Mayo cambió su curso al principio del segundo milenio de nuestra era, lo cual dejó al antiguo Huatabampo desprovisto de agua. Carl O. Sauer, geógrafo estadounidense del siglo XX, llamó Aztlán (concepto que desarrolló en un texto que compila sus escritos, titulado *Aztlán: Frontera prehispánica mesoamericana en la costa del Pacífico*, que fue publicado en 1998 por Siglo XXI) a una extensión geográfica, una especie de frontera de culturas mesoamericanas que abarcaba más o menos desde Acaponeta y el norte de Nayarit en el sur, y hasta el río Mocorito en el norte. Sauer caminó esa franja fronteriza en los años 20 y 30 del siglo pasado y produjo una serie de hipótesis sobre ella, que siguen siendo el punto de partida para los arqueólogos, los antropólogos y los historiadores que trabajamos esta zona.

Aún no se sabe con precisión cuándo llegaron los grupos yoreme a esta región, pero me atrevería a decir que este poblamiento se dio medio milenio antes de la llegada de los españoles. Los yaquis y mayos, que los españoles llamaron “cahíta” (nombre que perduró en el tiempo, aunque esté mal empleado, porque el concepto es simplemente una negación en los idiomas *hiak-nooki* y *yorem-nokki*), comparten lazos lingüísticos. Estos grupos desarrollaron una cultura material con una agricultura muy productiva que aprovechaba las avenidas de los ríos Sinaloa y Fuerte, en lo que hoy es Sinaloa, y los ríos Mayo y Yaqui, en Sonora. Las grandes avenidas de agua producían planicies de inundación amplias y anchas, así como deltas en sus desembocaduras al mar, muy favorables para la producción agrícola. Su economía también abarcaba el monte, que en el bosque bajo era propicio para la cacería y la recolección. Aprovechaban los recursos

que les brindaba la vegetación de las marismas, y la pesca de litoral era muy importante para los yaquis y mayos en lo económico y lo simbólico. Aprendí esto a partir de mis lecturas de *Los pueblos indígenas del Noroeste. Atlas Etnográfico*, editado por José Luis Moctezuma Zamarrón y Alejandro Aguilar Zeleny (publicado por el INAH, el Inali y el Instituto Sonorense de Cultura, en 2013) y *El nido heredado. Estudio sobre cosmovisión, espacio y ciclo ritual de la tribu yaqui*, tesis doctoral que Enriqueta Lerma Rodríguez presentó en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, donde narra que uno de los mitos de origen de los yaqui se trata de “cuando el sapo trajo la lluvia”. La importancia del mar era y es primordial para los yaquis y los mayos, que tienen cuentos sobre serpientes y animales marinos, así como sobre la necesidad de pescar solamente lo necesario. Por supuesto, en la actualidad, la pesca sigue siendo muy importante para estos grupos. En el siglo XX, los yaqui formaron una cooperativa pesquera en Las Guásimas, Sonora, una actividad moderna que denota la importancia de la pesca para ellos.

Para resumir un poco, estos grupos han ocupado y obtenido recursos de diferentes pisos ecológicos que van del litoral a las costas, ascienden por las marismas, las sierras bajas, los valles y la sierra, y se remontan hasta las cercanías de la Sierra Madre Occidental.

Los primeros españoles que llegaron a Culiacán y luego al norte con Nuño y Diego de Guzmán, más tarde con Francisco de Ibarra y finalmente con los jesuitas en el siglo XVII, llamaron “Petatlán” a esta zona debido al tipo de casas que encontraron, que no eran de adobe y piedra sino de carrizos tejidos en forma de petates. Algunos etnohistoriadores han hecho notar que el Petatlán nombrado por los españoles posiblemente se encontraba en el río Petatlán (que fue el primer nombre del río Sinaloa), pero también pudo ser un sitio en el río Mocorito e incluso el río Fuerte. Las narrativas de las expediciones de Marcos de Niza y Francisco Vázquez de Coronado, cuando marcharon hacia el norte desde Compostela, señalan que Petatlán fue un corredor de comunicación y que llegaba hasta las siete “ciudades de Cibola” que ellos querían descubrir. Esta es una pista de que hubo comunicación desde el norte de Sinaloa y el sur de Sonora hacia culturas prehispánicas de Aztlán, en lo que hoy día es Nuevo México y Arizona.

Estas dinámicas sociales y culturales de organización de los pueblos prehispánicos en Sonora y Sinaloa que usted nos ha narrado, muestran que varios grupos generaron agricultura excedentaria y establecieron circuitos comerciales. ¿Se rompieron estas relaciones entre los grupos con la irrupción española en la zona?, ¿cómo se recompusieron estas interrelaciones entre esos grupos a partir de la presencia de españoles en la zona?

Creo que las interrelaciones entre los grupos originarios no se interrumpieron del todo, pero sí cambiaron de carácter. Esto se muestra con el siguiente ejemplo: Sauer se proponía identificar la ruta de las turquesas que venía de Nuevo México y de otras partes hacia el sur, y constató que esa ruta continuó después de la presencia española durante un tiempo.

Interesa apuntar que, probablemente, el contacto mesoamericano con estos grupos de Sonora y Sinaloa era el Occidente, no Tenochtitlán en primer término. Con la caída de Tenochtitlán y el imperio (llamémoslo así) de los purépecha en Tzintzuntzan, las conexiones con el sur evidentemente tuvieron que cambiar e integrarse cada vez más a los circuitos que los españoles establecieron a través del tributo y de la búsqueda de minas. Debo decir que para todos los grupos que estamos abordando el sistema formal de tributo, que era tan importante en el centro y sur de México, no se estableció. Sí hubo un tributo en trabajo a través del repartimiento, porque la actividad económica a partir de la segunda mitad del siglo XVI que rigió la demanda de trabajo fue la minería, que empezó en Zacatecas en 1543. La principal motivación de los españoles para el envío de expediciones más organizadas y de larga duración, así como la apertura de las misiones de los jesuitas, se centraba en asentar esta zona y proveer de mano de obra a las minas. Pero déjeme decir que, por supuesto, los misioneros jesuitas, franciscanos y otros que estaban trabajando en el Gran Noroeste, tenían sus propias ambiciones y su propia razón de ser. Esto provocó que los circuitos comerciales fueran más regionales. Básicamente, las misiones producían granos en toda esta zona, así como alimentos derivados del maíz y todos los cultivos tradicionales de los indígenas, e introdujeron trigo y otros cultivos europeos. El trigo germina durante el invierno, mientras que el maíz es cultivo de verano; por ello, ambos cultivos se complementan. A través del tiempo, las misiones privilegiaron el trigo en las tierras de irrigación y destinaron el maíz para las tierras de temporal. Las misiones enviaban excedentes de alimentos a los reales de minas de Nueva Vizcaya y a los que se iban formando en Sonora, en el siglo XVII. Durante la primera parte del siglo XVIII, cuando se establecieron las misiones en Baja California, las misiones en Sonora, particularmente aquellas que aglutinaban a los yaquis y los mayos, enviaban granos, ganado y gente a las misiones de Baja California para abastecerlas, porque éstas no pudieron sostenerse y consolidarse como poblados asentados, ya que la zona no daba para eso.

Ignacio del Río, en *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, publicado en su segunda edición, en 1998, por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, estableció en forma elocuente la doble economía que llevaban a cabo las misiones de Baja California, debido a que la mitad del año tenían población indígena en su entorno y la otra mitad del año estaban casi vacías, ya que los indígenas estaban en el desierto viviendo del forraje y la cacería. Esto no era lo ideal —obviamente— y representaba una especie de ruptura en los ritmos económicos de estos grupos.

En menor medida, los misioneros que estaban en Sonora, desde la zona yaqui-mayo hasta la pimería y la opatería, y en la zona tohono o'odham, especialmente, tuvieron que comprender y entrar en una especie de acuerdo con el medio natural y con la cultura; aceptaron que los indios salían a cazar, salían a buscar agaves y otras plantas (esta última actividad dio lugar a un verbo con el que los misioneros la aludían: "mescalear"). Esto es, los misioneros reconocieron la necesidad de esta doble economía: del forraje, en todos sus sentidos, y de producción agrícola de autoconsumo.

Volviendo a los grupos mismos, lo que en español se llama “el monte”, el área no cultivada, tenía una importancia utilitaria y material para ellos, pero también una importancia espiritual.

Esta idea entre los yaquis y los mayos del huya ania, del universo del monte, del universo inserto en la madre naturaleza proveedora...

¡Sí, exacto!

Doctora, pero estas relaciones entre los grupos originarios de Sonora y los españoles no necesariamente fueron armónicas. ¿Nos podría ofrecer algunos elementos que señalen los conflictos que se presentaron en la interrelación indígenas-españoles?

Bueno, sí. Puedo señalar bastantes elementos.

Hay que empezar diciendo que a finales de 1529, al frente de 300 españoles y 6 mil indios, Nuño de Guzmán dirigió la primera incursión española en el noroeste de México. Aunque no encontró un gran imperio como el azteca, fundó San Miguel de Culiacán, en la actual Sinaloa, y Carlos V lo nombró primer gobernador del reino de la Nueva Galicia. En 1533 envió una expedición al norte, encabezada por su sobrino Diego de Guzmán, que tuvo el primer contacto con los grupos que habitaban las márgenes de los ríos Mayo y Yaqui, y poco después se dio el primer enfrentamiento armado entre los españoles y los yaquis. De ahí viene una leyenda —que puede ser histórica— que cuenta que un jefe yaqui, reconocido en la memoria yoeme con el nombre de *Ania ba'alu'utek*, trazó una línea en el suelo y besó la tierra y dijo: “De aquí no pasan”. El primer contacto entre los españoles y los indígenas habitantes de Sonora daría inicio a una historia marcada por el conflicto y la cooperación basada en una relación asimétrica de poder y de conocimiento.

La entrada de los españoles indudablemente fue por fuerza militar y por el avance de los jesuitas. En 1591, los jesuitas establecieron su colegio en Sinaloa, que entre otras tareas se dedicó a la instrucción de los hijos de los caciques indígenas, y se constituyó en una base permanente desde la cual los españoles pudieron avanzar y establecer una presencia en las primeras décadas del siglo XVII. En esa época, los indígenas forjaron una alianza peculiar, única, con el capitán español Diego Martínez de Hurdaide, que tenía una visión inusual, porque a pesar de su condición militar, entendió que las tropas españolas no podían entrar por la fuerza y que era necesario negociar. Los españoles empezaron venciendo, pero también convenciendo a los grupos ocoronis, zuaques y tehuecos del área de Sinaloa, y también a los mayos, que comenzaron a integrarse al sistema misional en los primeros años del siglo XVII cuando al viajar a Sinaloa consideraron que este sistema tenía algo que les convenía. Otro elemento que reviste gran importancia es el embate de las epidemias. Frente a una situación que nunca habían enfrentado, los indígenas tuvieron que forjar estrategias de sobrevivencia y reconstrucción de sus comunidades integrándose a las misiones.

Ahora bien, los constantes encuentros bélicos entre los españoles, encabezados por Hurdaide, y los yaquis construyeron una historia dramática. Hurdaide no pudo forzar la entrada al valle del Yaqui y tuvo que regresar a Sinaloa. No obstante, aunque los yaquis habían ganado varias batallas, cayeron en cuenta de que estaban perdiendo la guerra, porque Hurdaide había logrado sumar alianzas entre diversos grupos que eran enemigos de aquellos. Finalmente, los yaquis pidieron la paz y la venida de misioneros, a través de mujeres embajadoras que fueron a Sinaloa y establecieron una intrincada diplomacia que implicó a los mayos, los yaquis y los españoles. Este interesante proceso se narra en *Historia de los triunfos de Nuestra Santa fe, entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe; conseguidos por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la Nueva España*, importante texto escrito en 1645 por el sacerdote jesuita Andrés Pérez de Ribas. Anteriormente, una parte de esta historia fue recopilada por Antonio de Herrera, en 1615, en el libro *Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del mar océano escrita por Antonio de Herrera Coronista mayor de Su Majestad de las Indias y su Cronista de Castilla*.

Historias y leyendas que narran — incluso en la actualidad — la relación de conflicto y cooperación entre los yaquis y los españoles se pueden leer en la tesis de doctorado de Enriqueta Lerma Rodríguez, que ponen en evidencia el arraigo profundo de los yaquis a su territorio. Edward H. Spicer, antropólogo estadounidense que desde mediados del siglo XX comenzó a estudiar sistemáticamente a los yaquis, siempre insistió en que ellos nunca fueron derrotados, aunque en los hechos tuvieron que entrar en el sistema de misiones. Interpretando la tesis de Spicer, sostengo que tanto los mayos y los yaquis, como los ópatas y los pimas (que se integraron al sistema misional en la segunda mitad del siglo XVII) construyeron físicamente las misiones, pero también las moldearon. Las misiones no fueron una imposición de los jesuitas, se crearon en un proceso de adaptaciones, conflictos, readaptaciones y negociaciones continuas.

Volviendo a su pregunta, otra fuente de conflicto —obviamente— fueron las minas. Las demandas de los españoles que las poseían para obtener mano de obra indígena generaron fricciones que dieron lugar a un sinnúmero de documentos sobre las condiciones de empleo y pago producidos por los jesuitas, los gobernadores civiles y los particulares. Por ejemplo, los jesuitas afirmaban que las minas serían la ruina de la provincia, mientras los mineros alegaron que si no se autorizaba el trabajo con mano indígena la provincia podía decaer.

Si bien el contacto inicial entre los españoles y los yaquis dio lugar a enfrentamientos armados en el siglo XVI; posteriormente, las relaciones entre indígenas y españoles no estuvieron signadas por el conflicto abierto, pero en las últimas dos décadas del siglo XVII se produjeron en Sonora grandes rebeliones, provocadas por dos motivos: uno fue la revuelta de los pueblos indígenas del reino de Nuevo México en 1680 (que tiene su propia historia), que forzó el retiro de los españoles de ese territorio, durante casi dos décadas, y tuvo repercusiones en el reino de Nueva Vizcaya, así como en el norte de Sonora. Por otra parte, esas dos últimas décadas del siglo

XVII atestiguaron la entrada de los jesuitas en la Pimería Alta y el inicio de las misiones en Baja California, que eran territorios más abiertos, más desérticos y con poblaciones más nómadas. Ahí los pimas (que a veces son llamados “hymuris”) de las vegas de los ríos y los *tohono o’odam* practicaban la agricultura estacional y tenían asentamientos poco estables. Cuando los jesuitas se establecieron e intentaron imponer la monogamia, generaron una gran molestia que provocó la revuelta pima de 1695, durante la que éstos destruyeron misiones y dieron lugar al episodio del martirio del padre Francisco Xavier Saeta. Aquí se puede establecer la encrucijada de los dos procesos: el de Nuevo México, que tiene repercusiones en el sur, y el de la entrada de los jesuitas en esa nueva frontera, misma que no conocían tan bien como las áreas del sur.

En el siglo XVIII presenciábamos negociaciones y luego rebeliones abiertas. La primera de estas rebeliones fue la protagonizada por los yaquis y mayos, a los que se aliaron los pimas, entre 1739 y 1741. Esta revuelta regional fue muy importante, aunque no logró lo que alcanzaron los *pueblo* en Nuevo México: sacar a los españoles de su territorio. Si bien esta rebelión fue muy amplia y atacó haciendas y otras propiedades de los españoles, los alzados no mataron misioneros, aun cuando tenían quejas contra ellos, y no atacaron las misiones. Desde mi punto de vista, esta rebelión no consideraba la confrontación total y la expulsión de los españoles, ya que en realidad era un intento de renegociar un estado de cosas que se tornaba en contra de los yoeme y yoreme, pues los reales de minas estaban acercándose a los territorios indígenas. Por ejemplo, Baroyeca, en Sonora, estaba en la orilla oriental del territorio yaqui; Álamos, por supuesto, no sólo era un real de minas, sino una ciudad con un complejo de haciendas de beneficio de la plata en esa época, y muchas minas rodeaban el territorio mayo. En esa época, los yaquis y los mayos iban a las minas como trabajadores con sueldo y tenían fama de ser adiestrados y muy productivos. Los yaquis, los mayos y los ópatas migraban a Nueva Vizcaya para trabajar en el real de minas de Parral, que a partir de 1630 destacaba por su producción minera y se constituyó en una ciudad con un beneficio de plata. En esa ciudad los yaquis tenían un barrio propio donde recrearon sus comunidades. Los indígenas trabajaban en la minería, pero no aceptaron que las minas llegaran a sus territorios. Este es un tema constante que continuó incluso hasta principios del siglo XIX, mismo que articularon muy bien Edward Spicer (*Los yaquis. Historia de una cultura*, editado por la UNAM en 1994) y la historiadora Evelyn Hu-DeHart (*Adaptación y resistencia en el yaquimi. Los yaquis durante la Colonia*, editado por el CIESAS en 1995). El mensaje de los indígenas era más o menos así: “Trabajaremos, incluso trabajaremos por el salario que ustedes nos imponen, pero no se metan en nuestras tierras”. Volviendo a mediados del siglo XVIII, estas presiones estaban dando lugar a lo que algunos estudiosos hemos llamado un compacto colonial cada vez más tenue, cada vez más difícil.

Además de la amenaza de las minas, otros eventos recurrentes que precipitaron las rebeliones de 1739 a 1741 fueron varios años muy malos para las cosechas, debidos a inundaciones o a sequías, en la segunda mitad de la década de 1730. Esto provocó las protestas de los yaquis por

el envío de granos a Baja California. Cuando las cosechas eran excedentarias no hubo problemas, cuando los pueblos indígenas empezaron a sentir hambre se rebelaron.

Casi 300 años de Colonia crearon un escenario que indiscutiblemente marcó a los grupos originarios de Sonora (y de todo el país). ¿Qué pasó con los grupos originarios de Sonora a partir de la invasión napoleónica en España, el surgimiento de las Juntas de Cádiz y otros elementos que darían paso al proceso de independencia en México?, ¿qué pasó con esos grupos en ese momento y durante el proceso de independencia?

Permíteme comentar un poco sobre el siglo XVIII, antes de entrar a esa coyuntura muy importante.

Los cambios internos en estos grupos y sociedades se muestran en las dimensiones sociocultural y política. En el aspecto sociocultural, sin lugar a dudas, estos grupos comenzaron a amalgamarse para dar lugar a las identidades étnicas y lingüísticas que conocemos hoy, aun cuando son reconocibles algunas diferencias al interior de los grupos yoeme, tegüima, y o'odham.

En las misiones, y al interior de las comunidades que los indígenas construyeron en las misiones, la figura del cabildo indígena asumió una importancia fundamental que se relaciona con la pregunta que usted hizo sobre los cambios a partir de la Constitución de Cádiz a principios del siglo XIX. La formación de los cabildos —un instrumento europeo— propició en las misiones una especie de cogobierno, porque los misioneros no podían gobernar ni manejar el trabajo de los indígenas, ni siquiera dar la instrucción doctrinal sin la colaboración de los propios grupos indígenas. Los cabildos de los indígenas, como los de Europa, tenían alcaldes, regidores, fiscales y algunos adoptaron cargos con nombres derivados del nahua, como topil, y tenían cargos para quienes impartían la doctrina, a los que llamaban “temastianes” y “madores”, además de los maestros de capilla encargados de la música, que eran muy importantes. Hago referencia a estos cargos, porque sus detentores aprendieron el castellano y a leer y escribir, y a la vez asumieron las técnicas de la propia sociedad colonial. Retomo brevemente la revuelta de los yaquis y mayos que hemos comentado, para señalar que este fue un levantamiento muy documentado, aun cuando sucedía. Hay mención en los informes españoles sobre el levantamiento de que ciertos líderes indígenas llegaron a un pueblo con documentos escritos en su propia lengua; esto es, utilizaron la escritura para comunicarse entre sí.

Los cabildos indígenas en Sonora fueron lo que en el centro de México se llamó “república de indios” y algunos españoles y misioneros los refirieron así. Por ejemplo, los informes sobre Sonora escritos por Juan Nentvig (1762) y por Ignaz Pfefferkorn (1795 [desde el exilio]), a finales del periodo jesuítico, resaltan la importancia de los cabildos, empleando el concepto “república de indios”.

Otro cambio muy importante se dio en el aspecto espiritual. Aquí vemos la apropiación y refuncionalización de las enseñanzas y las formas litúrgicas del catolicismo dentro del marco

espiritual indígena, considerando a la naturaleza y a los paisajes culturales que estos grupos crearon. Desde entonces se expresaron a través de la danza, de las máscaras, de las procesiones y de fenómenos culturales como los matachines, que definitivamente tienen una influencia europea que se observa a través de diversas manifestaciones en todo el noroeste de México, desde Nayarit e inclusive hasta Nuevo México. Es importante hacer notar que los indígenas de todos estos grupos originarios de Sonora participaban en la economía colonial española, pero bajo sus propios términos. Obviamente, todos estos elementos generaron tensiones.

Otro elemento que generó tensiones en lo territorial y lo económico fueron las demandas encontradas para el acceso a la tierra. En la primera mitad del siglo XVIII, la población española y sus hatos ganaderos empezaron a crecer en forma notoria. Aun cuando en la mayor parte de Sonora los indios seguían siendo la mayoría de la población hasta principios del siglo XIX, poco a poco adquirían la condición de una mayoría menos fuerte. A pesar de que la población indígena empezó a recuperarse y a crecer demográficamente en el siglo XVIII, la población mestiza y mulata comenzó también a crecer alrededor de los reales de minas y en todos los ranchos y haciendas que se iban formando.

El material que analizo en la actualidad tiene que ver con las “composiciones” de tierra y lo que en esa área se llamaron los “títulos primordiales”. Su producción implicaba la mensura y titulación de extensiones de tierra en sitios de ganado mayor o menor, que fue tomando un ritmo cada vez más rápido durante el siglo XVIII e inicios del siglo XIX. Cada vez que una extensión de tierra realenga (que no tenía dueño) fue denunciada para asentar una nueva propiedad o agregar terrenos a una ya establecida, se citaba a todos los propietarios colindantes de ese puesto o paraje para que presenciaran la medición de la tierra y observaran la colocación de linderos y mojoneras. Éste era un proceso abierto, público y social. Los pueblos de indios muchas veces eran los colindantes y, cuando las autoridades los citaban, no se dirigían al misionero sino al cabildo indígena. Durante los 200 años de Colonia transcurridos en Sonora hasta el momento que estamos comentando, los indígenas participaron en procesos judiciales que involucraban “vista de ojos” en el campo. De alguna manera estas prácticas recogían el conocimiento que los indígenas tenían sobre su propio medio, pero también incluían el uso de documentos escritos. Quiero dejar esto asentado para entender que esta cultura, con todos los conflictos que implicaba, fue la base con la que los indígenas entraron al siglo XIX.

Ahora bien, retomando su pregunta sobre la invasión napoleónica a España y la Constitución de Cádiz, me atrevo señalar que ese proceso europeo probablemente tuvo menos impacto inmediato en Sonora y el norte de Nueva Vizcaya, que en otras partes del virreinato. Lo digo porque, por ejemplo, la consolidación de vales reales, que fue un golpe tremendo a la población criolla terrateniente del centro de la Nueva España y produjo una crisis enorme en esa zona, casi no afectó al norte, ya que aunque las capitanías y las figuras de crédito con la Iglesia y las cofradías se hicieron presentes, fueron mucho menos comunes que en el centro y sur de México. Lo que etnohistoriadores como

Nancy Farriss, que abordaron el estudio del sureste de México, en Oaxaca, Chiapas y Yucatán, llamaron la segunda conquista, considerando las reformas borbónicas que acapararon los medios de las cofradías indígenas, no tuvo un peso de importancia en Sonora. Este tipo de embates (que son la base de la historiografía mexicana sobre este periodo que precedió a la insurgencia) no fue tan fuerte en el norte. Sin embargo, a partir de la Constitución de Cádiz de 1812 se anunció, especialmente en la misiones de la Pimería Alta, la noción de la emancipación de los indios, incluso que ya no había indios y “gente de razón”, sino que todos eran iguales.

Acordémonos que la salida de los jesuitas en 1767, que fue un acontecimiento dramático, se constituyó en el parteaguas más importante en el noroeste de México, en relación con la continuación de la vida comunal de los grupos indígenas, no así en otras partes del territorio mexicano. En Sonora y Nueva Vizcaya, y en Baja California ni se diga, la salida de los jesuitas fue un evento que creó inestabilidad y movilización. Creo que en Sonora provocó una tasa cada vez mayor de emigración de los indígenas, desde las misiones hacia el monte o hacia las haciendas y las minas españolas.

Los franciscanos entraron a administrar las misiones de la provincia de Jalisco, que comprendía la Pimería Baja y la Opatería. Por su parte, el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro se hizo cargo de la Pimería Alta. En el caso de los yaquis y mayos, estas misiones fueron formalmente secularizadas; es decir, fueron convertidas en parroquias. A raíz de ello, como no había párroco en cada misión, estos dos grupos indígenas las tomaron bajo su control y reconstruyeron el catolicismo; crearon un ritual propio y refuncionalizaron la base religiosa católica que habían adquirido.

Una de las columnas de la sociedad civil colonial en esta área eran los presidios, constituidos por destacamentos de soldados que formaron el núcleo de comunidades, con su propio complemento de área agrícola y con una población mayoritariamente mezclada. En las últimas décadas del siglo XVIII, la Comandancia de Provincias Internas, que había creado un ámbito político semiindependiente del virrey, cobró mucha importancia en esta zona a partir de su creación en 1779 y estableció presidios con tropas auxiliares indígenas, principalmente ópatas y en algunos casos pimas.

Antes de continuar debo decir que en esa época el problema principal en esta zona eran las incursiones apaches. En Sonora, las diferentes bandas apaches asolaban el área, mientras que en Nuevo México y porciones de Nueva Vizcaya los apaches y los comanches realizaban incursiones cada vez mayores en esos territorios. Esto dio lugar a que algunos presidios estuvieran poblados totalmente por ópatas y pimas. A lo largo del siglo XVIII, los españoles crearon la figura de capitán general de la nación pima, de la nación ópata y, en el caso de los yaquis y los mayos, la del capitán general del río Yaqui y el capitán general del río Mayo. Estas figuras revistieron importancia. Los españoles crearon una jerarquía militar indígena, la que creían poder controlar, pero ésta entró en competencia y cierta rivalidad con los cabildos de los pueblos. Estas compañías militares de los indios estaban empleadas, por supuesto, para pelear contra los apaches, y salían en

expediciones punitivas que eran provistas de bastimentos y caballos por las misiones. Los indígenas guerreros, soldados, tenían arcos y flechas pero, en un hecho poco usual, también tenían armas españolas. La mayoría iba a pie, pero sus oficiales montaban a caballo. Esto tuvo un significado importante al iniciarse el siglo XIX, porque estos soldados tenían salario, que era menor al de los españoles, pero era un salario. Algo muy importante es que también tenían sus propios oficiales, aun cuando el comandante era español.

Es necesario señalar que tropas de ópatas, yaquis y mayos fueron enviadas al sur para combatir a los insurgentes durante la guerra de Independencia. A su regreso encontraron que su representatividad política al interior de sus milicias y en sus pueblos había sido muy golpeada. Entre 1820 y 1833, los yaquis y los mayos junto con sus aliados ópatas se levantaron en una serie de revueltas, pero emplearon estrategias que combinaban la lucha armada con la negociación y la petición legal. Hay cartas muy emotivas, que se encuentran en el Archivo General de la Nación, en las que ruegan al presidente Anastacio Bustamante —en la década de 1830— que avale los terrenos que los sonorenses criollos y mestizos trataban de quitar a pueblos como Cumpas y Oposura, en el corazón de la opatería. El líder más renombrado en esta etapa de la rebelión fue Juan Banderas, el indio yaqui Juan Ignacio Jusacamea (Juan de la Bandera), que fue capturado y ejecutado en 1833.

A partir de estos antecedentes podemos entender que lo que defendieron los indígenas con revueltas armadas fue la integridad de sus propios jerarcas militares y los cabildos en sus pueblos durante la guerra de Independencia y en las primeras décadas de la formación del estado de Occidente, que inicialmente comprendió Sonora y Sinaloa, mismos que se hicieron estados diferentes en 1830. Al terminar la guerra de Independencia, el naciente Estado mexicano y la sociedad criolla de Sonora tenían la determinación de absorber a estos pueblos dentro de la nueva estructura municipal que venía fortaleciéndose desde hacía tiempo. Desde inicios del siglo XIX, la sociedad criolla, la sociedad hispanoamericana en esta zona, había alcanzado un nivel de potencia económica y de presencia demográfica que le permitieron empezar a ejercer el gobierno local a través de los primeros ayuntamientos, que fueron fundados en ese periodo. En términos generales, podemos concluir que en la primera década del siglo XIX las confrontaciones armadas de los indígenas con los españoles se dieron en este contexto de defensa de su autonomía y sus territorios.

Una vez lograda la independencia, México padeció un periodo de caos que duró más de cuatro décadas. ¿Qué pasó con los grupos originarios de Sonora durante este periodo que terminó con la derrota del imperio de Maximiliano y la instauración de la República liberal en 1867?

En la década de la insurgencia misma, pero especialmente a partir de la década de 1820 observamos una ampliación de la economía de la región y su salida hacia lo que podríamos llamar

un mercado mundial. Los archivos notariales de Hermosillo asentaron registros crecientes de casas comerciales. Guaymas comenzó a funcionar como un puerto y era notorio un comercio cada vez más dinámico entre éste y Hermosillo, que comenzó a constituirse en un centro urbano y comercial importante.

En este periodo también se aceleró el proceso de titulación y privatización de muchas más extensiones de tierra. Lo que en el siglo XVIII, durante el periodo colonial, era un proceso de composición con el rey de España, que implicaba el pago de derechos por los títulos de propiedad, para el siglo XIX empezó a convertirse en un verdadero mercado de tierras. Por supuesto, esto fue en desmedro de las comunidades indígenas y sus territorios.

Ahora bien. Lo que usted llama un periodo de caos lo fue —en cierto sentido— en cuanto a las riñas entre federales y centralistas, y más tarde entre conservadores y liberales. Pero hay particularidades que podemos ver en ese caos, y así trato de explicarlo cuando doy clases. Una de ellas es lo que sucedió en Sonora y Sinaloa, que fue el lento pero sostenido empoderamiento de una élite comercial y terrateniente, independientemente del lema político que sus integrantes enarbolaban. Esa élite se estaba apoderando de las legislaturas estatales, de los predios urbanos y de los territorios rústicos, y se hacía del poder político. A partir de 1828, en el estado de Occidente (y en otros estados de la república) la legislatura estatal comenzó a legislar leyes que podrían llamarse de desamortización, que no atacaron las propiedades de la Iglesia pero sí obligaron al reparto de las tierras comunales de los pueblos indígenas. Con la creación del estado de Sonora se dieron nuevas leyes en la primera mitad de la década de 1830 que atentaron contra las tierras comunales de los pueblos indígenas y que actuaban en contra de la representatividad de sus cabildos. Esto provocó el surgimiento de revueltas casi inmediatas.

Ya hemos comentado acerca de las rebeliones de los yaquis, mayos y ópatas entre 1820 y 1833, y de uno de sus líderes más importantes: Juan Banderas. Un líder importante de mediados del siglo XIX fue José María Leyva, alias Cajeme, que logró un nivel de liderazgo que aglutinó a los pueblos del río Yaquí para luchar no sólo por su supervivencia, sino para seguir participando en la economía de la región. Cajeme estableció una suerte de tarifas que cobraba a los comerciantes que pasaban por su zona para llegar a Guaymas. Durante un tiempo, los yaquis tuvieron un monopolio sobre la producción de sal, que es tan importante para la minería y la ganadería.

En los hechos, por lo que usted nos comenta, la desamortización de bienes de manos muertas se dio en Sonora antes de la ley promulgada en la etapa juarista. ¿Qué pasó cuando la ley Lerdo entró en vigencia y se inició la desamortización de bienes durante el periodo de la República, con Juárez a la cabeza?

Este aspecto merece una atención mayor y estudios más detenidos de los que ha recibido en Sonora y Sinaloa. El impacto detonante de la desamortización de los años cincuenta del siglo XIX fue menor en Sonora que en otras regiones del país. Esto se debió a que la Iglesia contaba con

menos propiedades, ya que el clero secular era relativamente más débil en esta región que en el centro y sur del país. Aunque algunos párrocos como individuos acumularon tierras para sí y sus familias, no había grandes extensiones de tierras que fueran propiedades de la Iglesia y se insertaran en la categoría de manos muertas. Aunque no lo he trabajado sistemáticamente, cuando trabajaba con el INAH en Sonora revisé archivos estatales y algunos archivos locales donde se puede constatar que se distribuyeron hijuelas, una especie de título de usufructo en beneficio de familias indígenas y campesinas. Creo que merece estudiarse con más detalle el grado en que el acceso a la tierra era cada vez menos comunal y más en manos de familias dentro de los pueblos.

Es importante señalar que la etapa de la Intervención francesa es muy importante en Sonora y Sinaloa, porque marcó un momento de decisión para las elites. Posiblemente, también marcó el fin de la posibilidad para los grupos indígenas de forjar pactos y alianzas con los diferentes partidos y facciones de la elite sonorense. Me refiero al hecho de que algunas familias pudientes se sumaron a los conservadores, y los ópatas encabezados por Tánori, uno de sus líderes, se aliaron con ellos. Esta alianza se dio por razones entendibles, ya que los conservadores eran menos agresivos en su avance sobre los territorios indígenas, mientras que los liberales, representados por Ignacio Pesqueira, ambicionaban apoderarse rápidamente de esas tierras. Pesqueira inició el intento de crear una empresa comercial en el valle del Yaqui.

En Sinaloa y Sonora hubo algunas batallas significativas entre liberales y conservadores, y los franceses ocuparon Guaymas durante algún tiempo. Los conservadores perdieron, los franceses se retiraron, y algunos sonorenses de las familias prominentes, como la familia Almada en el área de Álamos, fueron ejecutados. En la vorágine, Tánori también fue ejecutado. Su derrota y muerte marcaron el fin de la posibilidad de alianzas estratégicas de carácter político y militar entre los líderes indígenas y la elite sonorense.

El porfirismo tuvo un efecto en Sonora y en los pueblos originarios. ¿Nos podría comentar sobre esta etapa?

Durante el porfirismo la modernización y el alcance del Estado nacional llegaron a Sonora. Sin embargo, como Friedrich Katz y otros historiadores han mostrado, Porfirio Díaz logró consolidar su poder y perdurar en la presidencia mediante alianzas con elites regionales. En Sonora, estas alianzas se manifestaron en lo que se ha llamado “el triunvirato” integrado por los militares y civiles Luis Emeterio Torres, Rafael Izábal y Ramón Corral, que encabezaron a tres familias que se alternaron en el ejercicio del poder mediante la gubernatura.

En Sonora, como en muchas partes de México, a partir de la década de 1880 empezó la construcción de líneas férreas y el funcionamiento del ferrocarril. También se inició la minería industrial en el noreste del estado, con las minas de Cananea y Nacozari. Ahí se empezó a producir cobre con sistemas mucho más modernos de excavación, tratamiento y beneficio del mineral. En menos de una década, Cananea se convirtió en una ciudad que contaba con una población

obrero de la misma zona, pero también procedente de Jalisco y otras partes del centro de México, por supuesto, con algunos obreros indígenas. Sin embargo, el sector que más crecía era el de la agricultura comercial, que provocó la irrupción violenta de esta actividad en los valles del río Yaqui y del río Mayo. La historiadora Raquel Padilla Ramos, en el Centro INAH Sonora, ha hecho investigaciones importantes sobre este tema. La agricultura comercial y la colonización foránea en los territorios indígenas se acompañaron con niveles tecnológicos en el plano agrícola y con el uso de la fuerza militar. Esto provocó el resquebrajamiento de la territorialidad, la ruptura del control de los indígenas sobre su territorio.

A principios del siglo XX, avanzada la llamada guerra del Yaqui, se produjo la deportación de los yaquis y algunos mayos al Valle Nacional, en Oaxaca, a Yucatán e incluso a Cuba. Los yaquis comenzaron a salir del valle y formaron una colonia en Hermosillo, más tarde migraron a Arizona para huir de la embestida del triunvirato porfirista. Formaron pequeñas comunidades en las afueras de Tucson y Phoenix, que en la década de los sesenta del siglo XX fueron reconocidas como grupos indígenas en los Estados Unidos después de una larga lucha para conseguir este estatus a partir de su condición de migrantes mexicanos.

Debo señalar que la agresión porfirista no se dio solamente contra los indígenas. Los rancheros, es decir los pequeños agricultores y ganaderos que empleaban la mano de obra de sus propias familias, constituyeron una figura muy importante en el siglo XIX en Chihuahua, Sonora y Durango. Las colonias militares que Benito Juárez estableció en Chihuahua con dotación de tierras, con una fuerte tradición de haber defendido la causa republicana, también fueron afectadas por las políticas porfiristas a finales del siglo XIX, que permitieron a las familias Terrazas y Creel ampliar enormemente sus propiedades a expensas de estos rancheros y de grupos indígenas, como los rarámuri. En el periodo que va del tránsito del siglo XIX al siglo XX se produjo el levantamiento de Tomóchic en el noroeste de Chihuahua, que tuvo repercusiones políticas y religiosas con el culto de Teresa de Cabora, la *Santa*.

Evidentemente, el periodo de mayor agresión que padecieron los indígenas originarios de Sonora, en particular los yaquis, se dio durante el porfirismo. Es sabido —usted lo ha señalado— el gravísimo proceso de deportación y envío de yaquis a Valle Nacional, a Yucatán, e incluso a Cuba. Este proceso, que se conoce como la guerra del Yaqui, nos hace pensar que los yaquis ocuparon escenarios de resistencia y rebelión indígena más violentos en Sonora, y quizá en todo el país. ¿Fue así?

Sí, yo creo que sí. Los mayos participaron, pero la fuerza más visible de la guerra del Yaqui, que se expresó en una estrategia y táctica de guerra de guerrillas inserta en un proceso de constante resistencia y rebelión, fue la fuerza de los yaquis durante este periodo.

Es importante señalar que la deportación de los yaquis y mayos de Sonora generó conflictos con los hacendados locales, que no estuvieron de acuerdo con esta acción represiva del

gobierno de Porfirio Díaz, porque la deportación implicó una pérdida de mano de obra. Algunos hacendados en el sur de Sonora protegieron a sus trabajadores indígenas. Un caso muy conocido es el de José María Maytorena, que tuvo un papel importante durante la etapa temprana de la Revolución, en apoyo a Francisco I. Madero.

La historia de los pueblos indígenas de Sonora no puede pensarse al margen de la Revolución, iniciada en 1910 en nuestro país. Esto nos lleva a preguntarle cuál fue la participación de estos grupos durante este periodo.

Estudí la etapa revolucionaria en Sonora hace algunos años como parte de *Historia general de Sonora* (obra editada en 1985 por el Gobierno del Estado de Sonora). No obstante, creo que el reclutamiento de las fuerzas sociales y de las milicias que dieron lugar a la conformación del ejército popular que en Sonora apoyó inicialmente a José María Maytorena y luego a Álvaro Obregón, y el apoyo a los grupos constitucionalistas provino más del sector obrero que del sector campesino, con la importante excepción de los yaquis y los mayos, que se aliaron con Álvaro Obregón, si bien con cierto grado de subordinación.

El peso relativo de la participación de los obreros sonorenses durante la Revolución es comprensible si consideramos la historia de Sonora. Cuando Benjamín Gil —que fue un aliado de Álvaro Obregón— fue juntando tropas para unirse a éste y pelear en el sur del país, fue de campamento minero en campamento minero, donde reclutó sus fuerzas. No podemos olvidar la huelga de Cananea en 1906, que es muy importante como antecedente para la organización y lucha de los mineros. Y por supuesto, debemos considerar la influencia de los líderes anarquistas del Partido Liberal y de los hermanos Flores Magón en la zona minera de Sonora. Reitero que, con la importante excepción de los yaquis y mayos, la fuerza popular que dio lugar al levantamiento revolucionario en Sonora provino de la población obrera, del proletariado.

Los yaquis y mayos que aún se encontraban en el estado, y algunos que lograron regresar luego de la deportación, comenzaron a aliarse con las fuerzas constitucionalistas a partir de que los sonorenses se levantaron en armas en 1913. Por otra parte, los grupos indígenas o sus descendientes que habitaban la sierra, y que se involucraban en procesos de producción agrícola e incluso en algunos casos mostraban visos de inserción en pequeñas actividades industriales, participaron en las fuerzas revolucionarias, pero como población mestiza, ya no como parte de la lógica del mundo indígena.

Los grupos indígenas de Sonora, que sí participaron en la Revolución, querían la recuperación de sus tierras y la representatividad de sus pueblos que se les habían arrebatado durante el Porfiriato.

Hemos llegado al inicio del periodo posrevolucionario del siglo XX en México. La etapa fundacional de todo proceso revolucionario triunfante es muy confusa, muy complicada, y esto no fue la excepción

en México. Sin embargo, a partir del cardenismo el Estado logró iniciar un proceso de asentamiento y estabilización. En este proceso se generó una política de creación de espacios organizativos de los obreros y de los campesinos con la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y la Central Nacional Campesina (CNC). También se creó el Instituto Nacional Indigenista (INI) y se generó una política educativa que planteaba abiertamente la integración de los indígenas a la sociedad nacional. ¿Qué pasó con estas políticas en el caso particular de los grupos indígenas en Sonora?

Al acercarnos a la década de 1930 lo que sucedió en Sonora merece una explicación.

El grupo sonorenses liderado por Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles estableció una fuerte influencia en el estado durante la década que mantuvo el poder en México. Obregón y Calles ensayaron en Sonora las políticas que implementarían a nivel nacional, con la creación de algunas de las instituciones que usted acaba de mencionar, sobre todo en el área laboral: crearon en Sonora un consejo de arbitraje y negociaron con los dueños de Cananea sobre las compensaciones para los trabajadores, cuando a finales de la Primera Guerra Mundial la minería se desplomó y dejó una crisis de desempleo en la entidad. En relación con la cuestión agraria, Obregón y Calles hicieron una suerte de reparto de tierras, pero en una lógica que respondía a dotar de tierras a cambio de lealtades hacia el gobierno y no de restitución de tierras despojadas. El grupo sonorenses dio importancia a la tecnología: la construcción de sistemas hidráulicos para la producción agropecuaria comenzó con la presa Lázaro Cárdenas (La Angostura), afluente del alto río Yaqui. Rodolfo Elías Calles (que fue hijo de quien se autoproclamó jefe máximo de la Revolución) también gobernó Sonora y comenzó el programa de construcción de carreteras en el estado. Durante ese periodo los gobernantes y la sociedad civil retomaron el énfasis en la tecnología que el porfirismo había iniciado. Esto es parte de la integración que se inició en Sonora en relación con las tecnologías hidrológica, agroindustrial y de comunicaciones, entre otras políticas y programas que el Estado impulsaría poco después. Sin embargo, todas estas medidas no resolvieron el problema de las tierras despojadas a los grupos indígenas sonorenses, los que se desilusionaron de Obregón y Calles. Por su parte, ambos gobernantes se voltearon contra los indígenas y suprimieron sus movimientos armados en la década de 1920, aun cuando negociaron la creación de ejidos en el campo sonorenses.

En consecuencia, la resolución cardenista de 1940, en relación con las tierras y aguas de los territorios yaquis, es muy importante. Por primera vez el gobierno federal reconoció —algo poco usual— el territorio yaqui, aunque bajo la modalidad de dotación ejidal. Aquí hay dos ópticas que hay que diferenciar: mientras para el Estado hubo dotación ejidal, los yaquis reivindicaron un territorio, su territorio, que cuenta con mapas y documentos que establecen sus linderos. En su momento los yaquis insistieron en sus derechos al agua, que deberían abarcar la mitad de todo el líquido que se derivaba de la presa de La Angostura. No obstante ello, surgieron nuevos problemas con la sucesiva construcción de las presas Álvaro Obregón (El Oviáchic) y Plutarco

Elías Calles (El Novillo), en la cuenca del río Yaqui, y la presa Adolfo Ruiz Cortines (Mocúzarit), en el río Mayo, que disminuyeron los caudales hídricos que fluyen río abajo, llevando como consecuencia que el acuerdo de derechos al agua acordado con los yaquis no se respetara.

Hay que puntualizar que la resolución cardenista también creó una serie de ejidos en la banda sur del río Yaqui y en el río Mayo, y que empoderó hasta cierto punto al campesinado —tanto indígena como mestizo— al apoyarlo en diferentes momentos con instituciones de asesoría y asistencia tecnológica agropecuaria, como la Secretaría de Agricultura y Fomento (SAF), más tarde la Secretaría de Agricultura y Ganadería (SAG), y posteriormente la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Recursos Hidráulicos (SARH), a nivel federal. A nivel estatal se creó el Centro de Investigaciones Agrícolas del Noroeste (Ciano) con financiamiento de la Fundación Rockefeller y aportes federales e ejidales, trayendo la llamada Revolución verde a Sonora. Al sector campesino le brindaron apoyos financieros a través del Banco Nacional de Crédito Ejidal (Banjidal), el Banco Nacional de Crédito Rural (Banrural). Esto dio lugar a una agricultura ejidal con una tecnificación relativa que prosperó durante cinco décadas, de 1930 a 1980, y propició cambios sociales que, por supuesto, modificaron los estilos de vida y las culturas de estos grupos originarios y estructuraron de otro modo a la sociedad civil sonorenses.

Se dio el proceso de reforma agraria, se distribuyeron tierras en el país y se generó una política diferenciada de desarrollo agrícola y pecuario, de acuerdo con el mismo proceso de diferenciación campesina que el país vivió en sus diversas regiones a lo largo de varias décadas. En el caso del norte y noroeste de México se privilegió y potenció una lógica de desarrollo agroindustrial altamente tecnificado que hoy sigue imperando en estas regiones del país. Hay graves problemas ambientales, como la desertificación, y los acuíferos están casi abatidos, no sólo en el norte y el noroeste, ya que el daño se vive en todo el país. Más allá de estos avatares, esto también permitió a los grupos indígenas, en el caso particular de Sonora, apropiarse de procesos tecnológicos agroproductivos y los vinculó a espacios y cadenas de comercialización subordinados, pero también generó intersticios de beneficio para ellos.

El Estado mexicano también se transformó y en 1992 decretó la conclusión de la reforma agraria, derogó la ley de reforma agraria y creó la ley agraria a secas, que da lugar a la posibilidad de la mercantilización de tierras (una suerte de contrarreforma).

¿Cómo ha afectado a los grupos indígenas en Sonora este proceso, que es muy reciente y potencialmente muy riesgoso, por lo que implica?

Los efectos son visibles y siguen manifestándose. En cuanto a la distribución de tierras, uno de los problemas de las últimas décadas de la reforma agraria era que la tierra estaba repartida, pero sin titulación. Esto dejaba a los campesinos en una situación de precariedad respecto a la

tenencia de la tierra. En muchas partes del país, los campesinos solicitaban tierras, pero sólo obtenían respuestas que demoraban salidas reales y concretas. Como sabemos, estas frustraciones gestaron durante varias décadas el levantamiento de 1994 en Chiapas.

En San Ignacio Río Muerto del valle de Yaqui se produjo en 1974-1975 un movimiento de campesinos no necesariamente indígenas que de tiempo atrás venían solicitando tierras y no habían sido dotados. Al no recibir respuesta, los campesinos invadieron tierras y se produjo una matanza cuando el gobernador de entonces Carlos Armando Biebrich (quien había sido protegido del presidente Luis Echeverría Álvarez) ordenó a la policía judicial abrir fuego contra los campesinos. Para reducir el conflicto, Luis Echeverría sacó del poder a Biebrich y llevó a cabo un reparto agrario. Éste fue uno de los últimos repartos agrarios de gran envergadura en el valle del Yaqui, en Sonora. No sé bien, pero me parece que esta crisis no afectó directamente a los yaquis, aunque los pueblos yaquis más cercanos al golfo de California y al delta, que son Huírivis y Rahum, han sufrido cambios a raíz del problema del abatimiento de los acuíferos. Esto se muestra en el nombre de San Ignacio Río Muerto, mismo que se debe a que el río cambió su cauce y dejó las vegas “muertas,” aunado a los efectos de las presas construidas río arriba que redujeron el flujo de agua.

Otro movimiento campesino fue el de los ejidatarios ganaderos de los años 50 en Sinaloa, Sonora, Baja California y la región de La Laguna, en Durango-Coahuila. En Sonora bajo el liderazgo de Jacinto López y la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM) logró que las grandes extensiones de tierras con bosques y pastizales de la William C. Green Cattle Company fueran expropiadas y convertidas en ejidos ganaderos en el área que rodea Cananea.

Perdón. Aparentemente salimos del tema de los grupos indígenas de Sonora, pero no es así. Me interesa apuntar que en el norte y el noroeste del país la población mestiza tiene una profunda raigambre en la tierra y en las tradiciones, que reconoce como parte del mundo indígena, como —por ejemplo— las artesanías, las fiestas religiosas y su propia genealogía familiar. En este contexto, es muy importante ver a los grupos indígenas dentro de estos procesos mayores de memoria histórica y cambio sociocultural.

A lo largo de nuestra conversación dejamos de lado a otro grupo indígena importante de Sonora: los seris, que también fueron fuertemente perseguidos durante el Porfiriato y —aunque no me gusta la palabra extinción— llevados prácticamente a la extinción durante la primera mitad del siglo XX debido —por un lado— a una oleada de epidemias y —por otro— a que también fueron llevados en forma forzada fuera del estado. No he investigado mucho directamente sobre los comca'ac, pero creo que su recomposición y reconstitución como un grupo indígena con identidad propia en la segunda mitad del siglo XX es una historia que apenas empieza a documentarse. La riqueza de su etnobotánica y cultura del desierto y del mar está ampliamente investigada por Richard Felger, Mary Moser y Cathy Moser Marlett, Felipe Mora Reguera, y Arturo Morales Blanco. La suya es una historia muy interesante que incluye en parte su pesquería de

autoconsumo y comercial. En las décadas de 1930 y 1940 hubo gobernadores e individuos que comenzaron a entrar en tratos con ellos y les dieron o prestaron pequeños barcos con motores y camionetas. Otra influencia que los tocó fue el protestantismo, que entró en El Desemboque y Punta Chueca a mediados del siglo.

Sobre este tema, aprovecho para abordar parcialmente su pregunta —que no contesté en su momento— sobre la política integracionista de los gobiernos de Cárdenas y los del periodo posterior, que llevó a cabo el Instituto Nacional Indigenista (INI). El Instituto Lingüístico de Verano A.C., que estableció en México su primer contrato con el gobierno de Lázaro Cárdenas, envió un matrimonio de misioneros a El Desemboque. Éste es un caso extraordinario, pues Edward W. Moser y Mary B. Moser fueron mucho más antropólogos que misioneros, ya que por mandato del Instituto Lingüístico no se asentaron entre los seris para hacer proselitismo religioso, sino para escribir el Nuevo Testamento en el idioma de los comca'ac. Durante las casi tres décadas que estuvieron entre los indígenas de El Desemboque, criaron a su hija y produjeron el texto del Nuevo Testamento en conjunto con los seris que les ayudaron. También estudiaron y publicaron varios artículos y libros sobre la etnobotánica de los seris, así como cuadernos en los que publicaron en su lengua las leyendas y los cuentos de los seris. Los Moser ya fallecieron, pero Cathy Moser Marlett, su hija, continúa escribiendo sobre los seris y trabajando con ellos. Es una historia que merece conocerse más. Creo que nos quedan muchas dudas y preguntas sobre cómo integrar esa historia de violencia, de supervivencia y de reconstitución de los seris dentro de la historia mayor de todos los grupos originarios de Sonora.

Doctora Radding, estamos en el siglo XXI. ¿Qué ve usted hoy en torno a los grupos originarios de Sonora y qué piensa que puede pasar hacia adelante con ellos y entre ellos, habida cuenta de todo este proceso que usted ha hilvanado, y que en esta última etapa, a partir de esta avasallante y predatoria liberalización del uso del suelo, del agua, de los recursos naturales, así como de la estandarización de las sociedades y sus culturas presagia situaciones complicadas?, ¿qué ve usted en torno a los grupos indígenas de Sonora en este siglo XXI, que ya lleva 17 años transcurridos?

Los grupos originarios de Sonora, como los de todo el país y la sociedad mexicana en general, se enfrentan a una serie de coyunturas muy serias, a raíz de las políticas neoliberales, en especial, la reversión —como usted bien dijo— de la reforma agraria. El empobrecimiento del medio rural en México, que ha dado como resultado el aumento notorio de las migraciones a los Estados Unidos en la transición al siglo XXI. El profundo debilitamiento de la economía campesina en México es un problema muy grande para la sociedad en general y para los grupos originarios.

Por otra parte (lo hemos venido experimentando en forma cada vez más visible, pero el problema empezó desde antes de este siglo), la narcoviolencia y la penetración de grupos ligados al crimen organizado en los municipios generan un grave conflicto en torno a la supervivencia

política de la sociedad mexicana y de los grupos originarios. Es doloroso decir que ellos mismos tienen problemas de drogadicción en sus comunidades. Uno de los retos más importantes para los grupos originarios es fortalecer de nuevo sus propias instituciones de organización interna para poder mantener una praxis de comunidad que les permita resistir y rechazar estas invasiones que vienen del exterior.

Los grupos pueden aprovechar lo que la misma globalización y el neoliberalismo han propiciado (algo positivo deben tener): la comunicación que trasciende las fronteras. Una de las estrategias que los grupos originarios están desarrollando es la de forjar las alianzas hacia el exterior. Hay comunidades yoemem y tohono o'odham que están vinculadas y tienen el apoyo de sus paisanos de Arizona, (Estados Unidos) en los temas ambientales, como la construcción y mantenimiento de rellenos sanitarios y lagunas de oxidación, así como su sostén económico.

Usted mencionó hace un momento el uso de tecnologías por parte de los grupos originarios. Hace algunos años escuché a Guillermo Bonfil Batalla decir que el tractor ya era parte de la cultura yaqui. En este siglo, la cibernética, las computadoras y el internet son y deben ser parte de las culturas de los pueblos originarios.

Los convenios internacionales emanados de la Organización de las Naciones Unidas y la Organización Internacional del Trabajo han dado una herramienta muy importante a los grupos originarios e influyeron en la reforma de la Constitución mexicana que tuvo efecto el siglo pasado, en la que se reconoce que México es un país pluricultural (artículo 2.º). Es muy importante, pero hay que ver cómo los grupos indígenas hagan efectivo este reconocimiento jurídico de su identidad como grupos originarios y como ciudadanos mexicanos. Esto les permitirá reclamar y hacer efectivos sus derechos en ambos sentidos, ya que son ciudadanos de un país que se llama México y pueden hacer reclamos a los tres niveles de gobierno sobre esta base, así como construir una identidad política y una economía a partir de la particularidad que les define como pueblos originarios.

Hay estudiosos de este largo proceso histórico y cultural de los grupos originarios de Sonora. Háganos un favor y mencione a investigadores nacionales y extranjeros que están preocupados por entender qué pasa en el estado de Sonora y qué pasa en particular con los grupos originarios de Sonora.

Es importante señalar que sí hay atención en cuanto a la investigación académica y publicaciones sobre Sonora, así como en cuanto a la investigación aplicada y la colaboración con los grupos originarios.

Guillermo Haro ha trabajado bastante desde El Colegio de Sonora sobre los guarijíos de la sierra (que no hemos mencionado), que se asientan entre Sonora y Chihuahua. José Luis Moctezuma Zamarrón, investigador del Centro INAH de Sonora, ha dedicado sus esfuerzos profesionales a estudiar a los mayos y los guarijíos. Claudia Jean Harriss, antropóloga de la Dirección

de Etnología y Antropología Social (DEAS) del INAH, aporta investigaciones etnográficas sobre los guarijíos de Sonora y de Chihuahua. En México, María Eugenia Olivarría, antropóloga de la UAM Iztapalapa, ha publicado varios libros sobre aspectos rituales y espirituales de las culturas yoeme y yoreme. Jesús Jáuregui Jiménez y Fidel Camacho Ibarra desarrollan investigaciones etnográficas innovadoras entre los yoremem de Sonora y Sinaloa. Enriqueta Lerma Rodríguez, antropóloga cuya tesis doctoral, *El nido heredado. Estudio sobre cosmovisión, espacio y ciclo ritual de la tribu yaqui*, fue publicada en un formato menos académico para ser entregada a los yaquis, hizo trabajo de campo con los yaquis durante casi dos años, sobre todo en Estación Vícam, para presentar una visión sensible sobre la identidad y el reconocimiento del territorio entre los yaquis. Raquel Padilla Ramos, investigadora del Centro INAH de Sonora, tiene un fuerte compromiso profesional con los yaquis, que se centra en el pueblo de Lomas de Vácum. El trabajo de Alejandro Aguilar Zeleny en Sonora es muy importante, especialmente con los tohono o'odham y los o'ob de Sonora central. Randy McGuire, uno de los últimos alumnos de Edward H. Spicer, investigó la cooperativa pesquera de los yaquis en Las Guásimas. Hay varios investigadores de la Universidad de Arizona, entre ellos Thomas Sheridan, Gary Nabhan, y Richard Felger, que desde hace tiempo trabajan con los tohono o'odham.

Creo que el siguiente paso es el que miembros de estos grupos sean los intelectuales que produzcan sus propios estudios antropológicos y sus propias historias.

Doctora Radding, el recorrido que hemos realizado sobre la historia de los pueblos originarios de Sonora nos permite entender más y mejor a estas sociedades del desierto.

Muchas gracias.